



Un sueño

Carmen Zamora
Universidad de Colima

El niño y su padre caminaron rumbo a casa por la banqueta circundante de la unidad deportiva. Domingo por la noche y apenas algunos autos perezosos pretendían iluminar el cielo oscuro con sus espasmos halógenos. El niño llevaba bajo el brazo izquierdo un balón de fútbol y con su mano derecha sostenía con languidez la de su padre, quien seguía hablándole de estrategias de juego, emocionado todavía por el partido que acababan de ver en el deportivo.

Iban con pasos más bien lentos cuando el pequeño, a través del enrejado que escondía en su interior el campo de fútbol, alcanzó a ver en el centro del césped a un hombre que jugaba, solitario, con un balón y lanzaba cañonazos a la portería. El pequeño se distrajo momentáneamente del discurso paterno (que no entendía del todo) para intentar discernir quién era ese jugador, que un par de horas después de finalizar el último partido del domingo aún seguía allí como si fuera dueño del campo.

Por fin, aquel que se distinguía entre la oscuridad reinante detuvo su juego individual para devolverle la mirada al niño, quien con sus pocos años de vida supo que ese hombre de lejos era distinto, y pronto, con una sensación de mariposeo en el estómago, volteó el rostro para borrar su imagen. Un escalofrío corrió por su pecho infantil.



—Papá, ¿quién es él?— preguntó con un susurro, procurando no girar otra vez la vista hacia donde un momento atrás se había encontrado con el jugador.

Su padre tardó un par de segundos en detener la charla sobre técnica y enfocar la mirada hacia donde flotaba en el aire la respuesta. El hombre, tragándose el silencio de la noche, intentó con los ojos entornados divisar a través de la media luz del campo. Cuando le descubrió también tuvo que compartir con su hijo el mariposeo en el estómago. Sin detener los pasos sostuvo el silencio, pensando, con un ligero rastro de sombra en el rostro, en parte por la noche y en parte por un sentimiento encontrado que aún no le permitía responder la pregunta a su hijo.

—¿Lo conoces, papá?, ¿quién es?— insistió la criatura sin desprenderse de la mano que ahora, sudorosa, sostenía la suya.

—Es... digamos que un viejo amigo. El mejor jugador que tuvimos en la ciudad.

Intrigado por la respuesta y el ligero revoleteo de duda en el rostro de su padre, cargó otra retahíla mientras recordaba cómo el lejano jugador le había visto desde el campo. Esa mirada que en medio de la oscuridad se adivinaba como hechizo postremo. Nunca la olvidaría, como tal vez tampoco olvidaría esa noche.

—Pero, ¿por qué está aquí? Todos se fueron y las entradas están con llave. ¿Él siempre puede jugar?, ¿y puede jugar sin que nadie le diga nada? Papá, ¿es el dueño del campo?—. Con la sarta de preguntas el hombre supo que su hijo no se daría por vencido hasta saberlo todo. No tuvo otra opción más que respirar hondo, como si de eso dependiesen las respuestas, para luego dejar escapar despacio el aire y luchar contra ese sentimiento que aún no le abandonaba el estómago.

—Sí, es el dueño del campo. Se llama Alberto y voy a contactarte su historia, con la condición que llegando a casa te acuestes a dormir sin preguntarme más.

Ante la promesa y con su natural curiosidad infantil, oyó atento.

—Alberto desde que era un chico sólo vivía para una cosa: el fútbol, o sea la redondez blanquinegra. Estaba enamorado por

completo de las canchas, del frío del pasto en las madrugadas. Su sueño: los trofeos, el aplauso, el drible perfecto, la jugada gloriosa en el último segundo. Para él no existía nada más que correr y correr, vigilar de reojo los ademanes del director técnico y perseguir ese balón, con la piel erizada, agitado y el corazón *bum-bum* a mil. Lo perseguía en la cancha como sólo una chica enamorada persigue al que cree el hombre de su vida.

La luz del día se volvía luna mientras entrenaba sin cesar con la camiseta húmeda y el sudor corriéndole a lo largo de las piernas morenas, de gladiador en forja. La vida no iba a alcanzarle para terminar de perseguir a la caprichosa esfera.

Entrenaba todos los días, antes de llegar a clases y después de ellas, hasta que la noche y el intendente del deportivo se lo permitían. Aún en los días lluviosos era posible verle correr, atravesando el césped e imaginando oponentes sin cuerpo que con saña lo perseguían para quitarle el balón.

Martes y jueves teníamos entrenamiento en equipo. Sí, el de los goles era él, y si no al menos era quien daba el pase clave para que otro menos astuto pero más cercano a la portería clavara por fin el esférico hasta el alma de aquella telaraña. Yo también era parte de su equipo, pero no siempre tenía suerte. El hábil siempre fue él.

Todos los días, después del colegio, sus compañeros le veíamos —a veces extrañados— a través de la cerca blanca del estadio, e interiormente nos preguntábamos qué espíritu raro vivía dentro de aquel cuerpo erguido, que nada más sabía hablar a golpes con el balón bicolor. Después de gritarle: “¡Oye, Alberto, cuándo te ficha la Primera!” y nos reíamos, después nos íbamos por la calle tumbándonos unos a otros, en romería, rumbo a las orillas del río. Ahí nos quedábamos a platicar con las chicas, ton-tear, y reinventar todas esas cosas que los muchachos saben hacer muy bien cuando la tarde termina.

Alberto pocas veces iba con nosotros. Siempre estaba muy ocupado con su balón pero día a día lejos de sentirnos rechazados por él le tomábamos más respeto, lo apreciábamos más. Quizá era su figura más alta que la de nosotros, tal vez su apasionado



modo de hablar sobre el fútbol o el ánimo que nos daba cuando teníamos partido. No lo sé, pero había algo en él que lo hacía distinto a mí y a todos los demás, algo diferente, un toque guerrero, aviso de muchacho poderoso, quizá. Crecimos viendo cómo su cuerpo mudaba el desgarbo adolescente para convertirse en hombre más rápido que nosotros.

Fue en un partido de mala pata cuando se enamoró de Fernanda, una niña con ojos de sol, centelleantes y dorados como él. Poco después del medio tiempo, Alberto recibió un pase equivocado, el balón rebotó contra su cuerpo y fue directo a impactarse grosero en el rostro de Fernanda, quien al margen del campo intentaba seguir junto con un par de amigas la travesía del partido, tal y como lo había hecho desde varios meses atrás.

El rostro de la chica no tuvo lágrimas, sólo un río de sangre abriendo la piel marmórea. Alberto, desde su sitio, perdió por primera vez en su vida la noción del juego mientras la veía ahí, sentada fuera de la línea intentando sacarse la sangre de los ojos que le impedía volver a ver a los jugadores. Aquel cuerpo doblado, con las manos limpiándose el rostro, le ofreció una visión más allá de la vida en el campo, y se impactó tanto con ese cuadro que abandonó corriendo la cancha para ir al encuentro de la víctima, virgen acaecida en martirio.

La algarabía de los hinchas se suspendió cuando Alberto salió del campo para ir a encontrarse con Fernanda. Hubo un silencio que amenazó con no terminar, unión del Cielo con la Tierra: pugna tranquila en la que no se distingue la tormenta latente en medio de la noche. Hasta los jugadores que no se habían percatado del golpe dejaron por un momento de resollar en busca del balón voluntarioso. Todos lo vimos salir del césped, abandonar el campo, mandar todo al carajo por una mujer que retando al destino se había transformado de un momento a otro en algo más importante que el fútbol.

La gente boquiabierta, los jugadores jadeantes suspendidos en el tiempo, el entrenador que se salía de sus casillas y le gritaba "¡tú... idiota, regresa!"; pero él no escuchó, sólo quería llegar a ella, a la chica casi tendida que ni siquiera podía verle

por los borbotones de sangre que venían justo de su frente tímida. Cuando llegó a su lado, ella ya se limpiaba la sangre con el pañuelo que una de sus amigas le había dado. No era nada de gravedad, sólo que la frente tiende a sangrar tan fácil como el honor y el orgullo. La chica, apretando con fuerza el pañuelo en contra de la herida, no pudo creer lo que tenía ante sus ojos: Alberto, el *crack* del equipo, la promesa de la ciudad, había cortado de tajo la solemne e inquebrantable dinámica futbolera.

Creo que todos la odiamos en el momento en que el árbitro, con su uniforme de mal agüero, lo amonestó por abandonar el campo sin permiso. Se acumuló más odio cuando el entrenador, sin importarle nada, lo sacó del juego para sentarlo en la banca por los siguientes veinte minutos, mientras el marcador amenazaba con desastre al equipo local. Seguramente la terminaron de odiar al regreso de Alberto al campo, quien ya no se pudo concentrar el resto del partido y como un simple guiñapo a voluntad de la marea de jugadores, se dejaba llevar entre las olas verdes del espacio en una especie de trance, luchando todavía por devolverle su lugar al que—quizá por diecisiete años— había sido el único amor de su vida.

Se enamoraron con el mismo ímpetu con el que Alberto solía jugar y con el que Fernanda antes del golpe en la frente le seguía por todos los partidos. Ella, luego de un año del balonazo que sólo le dejó una pequeña marca en la frente y un chico a quien amar, aún se quedaba hasta tarde viéndolo practicar, ansiosa de que llegara el día en que Alberto pudiera cumplir su sueño de ser fichado por un equipo de primera. Él, devoto, de vez en cuando apartaba la vista de los partidos para ver sus ojos de sol.

Un domingo de nubarrones, Alberto recibió en su casa una llamada justo tres horas antes de que iniciara el partido final por la copa estatal. Era el *coach*, quien a voces le dijo que Juan Martín Díaz, el dueño de uno de los equipos más importantes a nivel nacional y exgloria del fútbol nacional, estaría en el juego sólo para verlo a él. Esa llamada lo fue todo, por fin, el sueño de su vida estaba al alcance de su mano. Bastaba que le viera driblar con la



elegancia que sólo él podía lograr, para que aquellos diecisiete años de ensoñaciones se transformaran en una verdad absoluta.

La presencia de Juan Martín Díaz ya era de conocimiento general cuando las gradas le dieron sitio a la hinchada. Todos, afición y jugadores, estaban a la expectativa de Díaz, que con su traje de lino se distinguía de entre los demás, de entre esa multitud que no dejaban de verle y señalarlo. La emoción se debatía por todos lados como el calor de la tarde, que no cesaba de fluir por el furor dominguero.

El partido empezó un poco menos que mal. El otro equipo era fuerte y ganarles no sería cosa de nada, incluso fueron ellos quienes anotaron el primer gol. Alberto lució sus mejores zancadas y chutes, pero al menos le costó casi el primer tiempo para acercarse peligrosamente a la portería donde un altísimo muchacho celaba aquella cueva ansiosa. Sin embargo, no dejó que su equipo se amedrentara ante el marcador contrario e incluso no permitió que la presión cesara, haciendo todo lo posible por dar el golpe que rompiera ya de una vez aquel fantasma de uno a cero.

Yo veía su cara tensa, de ansia contenida, mientras un dolor nervioso en mi estómago parecía extenderse hasta las sienas. Corría con tanta dificultad. La verdad debí quedarme en la banca ante mi mal puntaje, pero la enfermedad de última hora de uno de los defensas estrella me colocó en el campo.

El calor de agosto hería igual que el sol reflejado en un espejo, directo a la vista. Todo mundo estaba de pie echándose los botellones de agua a la cabeza, con la esperanza de dejar de consumirse por la temperatura y la pésima situación que el equipo de casa enfrentaba. De pronto, quizá el dios de fútbol, el de los hinchas, escuchó todas las plegarias, se conmovió por ellos y por nosotros: el equipo de Alberto. Unas gruesas gotas de lluvia comenzaron a pintar el cemento de las gradas. Un aire fresco comenzó a templar el ambiente y pronto una poderosa lluvia, justamente salida de la mano de ese dios, se dejó venir como torrente en contra de la angustia.

Nadie se movió pese al aguacero, Alberto estaba a punto de burlar a toda la media ofensiva, imparabile y quizá más fresco por el

agua que le lavaba el sudor, consiguió llegar tan cerca de la portería que el muchacho altísimo en ese momento se volvió un gigante.

Inhaló por última vez antes de recargar su pierna contra el esférico, que en ese instante era totalmente suyo pues había logrado dejar atrás a la ofensiva. Todos apretamos los puños y Fernanda, a pocos metros de la línea, miró rápidamente al cielo para pedir un favor. Alberto dibujó el cañonazo que pasó dando un silbido por la oreja derecha del enorme portero, quien ni siquiera se movió ante la feroz centella.

La turba estalló en un clamor sordo de felicidad y Alberto, en el centro de su corazón, sintió que prácticamente recuperaba el aliento. Volteó a ver a Fernanda y después a Díaz, ambos estaban con una prolongada sonrisa ante la belleza de la jugada tan pulcra, como las gotas de lluvia que le manchaba la falda a la una y el traje de lino al otro.

En el segundo tiempo había conseguido el empate y la media hora que hacía falta para que éste terminara tendría forzosamente que decidir la victoria en su favor. Alberto ni siquiera se percató de que el cielo, además de gotas de lluvia, pintó una brillante tormenta eléctrica con vetos añiles. Los relámpagos cada vez se hacían más continuos, abriendo el espacio con sus reflejos diáfanos, pero Alberto siguió buscando superar el empate.

Los organizadores del evento pensaron seriamente en detener el juego. Estar en el descampado durante una tormenta eléctrica era exponer demasiado a los jugadores y al público; pronto hablaron con los directores técnicos para que sacaran a su gente del campo. Alberto y los demás nos dimos cuenta de que el partido estaba por ser suspendido, y antes de que eso sucediera, comenzamos a correr todavía más, yo —con todo y mis nervios— esperando al menos lograr ese segundo gol.

No sé qué fue lo que sucedió. Recuerdo haber corrido tras el balón para darle un pase directo a Alberto que estaba al frente de la portería; alcancé por un segundo a verle, lleno de agua con su perfil de muchacho victorioso y antes de que pudiera reventar mi pierna contra el esférico, una luz brillante, plena, como una aparición divina se dejó caer sobre todos.



Luego el césped se cimbró ante la luz y yo sólo sentí que algo poderoso me arrancaba del sitio que estaba pisando. En la caída, logré distinguir el sonido de esa luz inmensa. Había sido un rayo. Y el mejor jugador que haya tenido esta ciudad, ya no era parte del mundo de los vivos.

El hombre calló un momento al terminar de contar el recuerdo.

—Te imaginarás todo lo que pasó después: la tristeza de Fernanda, nuestra propia angustia. Aquel domingo, nadie de los que estuvimos ahí, lo hemos olvidado; sigue siendo una afrenta a la felicidad, a los sueños de muchachos. Desde entonces, durante los quince años que separan aquella tarde del ahora, mucha gente dice que los domingos en la media luz del campo, es posible ver a Alberto en la cancha. Será que nunca ha dejado de entrenar.

El pequeño llegó a casa sin hacer ninguna pregunta: cumplió su promesa. Sin embargo, no dejaba de pensar en la historia que su padre le había contado, y en Alberto, el muchacho que iba ser una gran estrella del fútbol. En ese momento comprendió por qué había sentido tanto vacío cuando vio al hombre que jugaba solitario en el campo; sí, era un fantasma del pasado que se resistía a abandonar un sueño.

Durmió tranquilo y justo a las seis de la mañana brincó repetidamente en la cama de sus padres para que lo llevaran a jugar fútbol antes de irse a la escuela. Su entrenamiento había comenzado.

El domingo siguiente fue de nuevo con su padre a ver cómo perdía el equipo de casa. Cuando salieron, llevaba su balón bajo el brazo y ésta vez no dudó en voltear hacia la cancha oscurecida por las sombras de la tarde que moría. En medio del silencio alcanzó a ver la figura de Alberto detrás del alambrado. No le dijo nada a su padre, sólo apretó más la pelota contra sí y trató de sonreírle al jugador en su entrenamiento eterno.

Recepción: enero de 2013

Aceptación: marzo de 2013

Carmen Zamora

Correo electrónico: circe@hotmail.com

Mexicana. Maestra en Historia por la Universidad de Colima. Actualmente ejerce la docencia en la misma institución y es correctora de Interpretos.

